

*Una reflexión sobre la imagen socio-cultural vasca en Madrid*

## *Mucho mas que cuatrocientos kilómetros de distancia*

**¿** Son los vascos aceptados por el resto de la sociedad española? La pregunta, así formulada, puede parecer simplista y hasta casi con ribetes sofistas. Y, sin embargo, el planteamiento está ahí, presentándose cada día con mayor crudeza. No cabe desconocer que parte de la sociedad vasca permanece alejada del resto del Estado. O que el resto de la sociedad española es ajena en muchas cosas a Euskadi. Incluso se podría decir que este alejamiento ha aumentado en los años de la democracia. A quienes, desde polos opuestos, antagonistas, interesa este alejamiento, no les conviene analizar el por qué de esa distancia; prefieren calificar de «eterna» y «natural» una incomprensión que, en sus manifestaciones más primarias, llega a adquirir tintes marcadamente peyorativos. Urge, pues, acertar en el diagnóstico y en las posibles soluciones para acabar con una situación que tiene algo de irracional y mucho de perjudicial para todos. Aunque desde el comienzo habrá que advertir que tales soluciones se perciben como muy lejanas en estos momentos.

Pocos colectivos, probablemente, tan preocupados, tan conscientes de su imagen externa, como los vascos. Algunos autores, a la hora de analizar el fenómeno que nos ocupa, hablaron, algo apresuradamente, de complejo de inferioridad.

Mo es tal; yo señalaría un cierto aire altanero mezclado con esa cortesía que se manifiesta en el deseo de quedar bien o de agradar. Sensación que se exagera cuando el referente es Madrid, Meca y objeto de deseo, y, por lo

**FERNANDO  
JÁUREGUI**

*«Nada tan difícil, tan complejo de analizar, como las relaciones Euskadi-Madrid, o, si se prefiere, como las relaciones entre los dos polos de ese eje existente, pero invisible, que es el de Bascongadas-Castilla.»*



*«Existe tradicionalmente en Castilla un escaso afán por comprender al vasco. Para los castellanos, Euskadi era -como otras tierras de España- lo periférico, lo recién llegado, lo menos evolucionado culturalmente.»*



mismo, también de rechazo, tentación imposible, quimera del oro y, a la vez, cima entrevista como Sodoma y Gomo-rra, lugar donde la vida se complica y, al tiempo, puede hacerse fascinante. Nada tan difícil, tan complejo de analizar, como las relaciones Euskadi-Madrid, o, si se prefiere, como las relaciones entre los dos polos de ese eje existente, pero invisible, que es el de Bascongadas-Castilla.

No es buena la imagen que los vascos tienen entre nuestros escritores del siglo de oro. Basta leer el Quijote para comprender que el vizcaíno es presentado como un ser rudo, de escasa fluidez verbal; tal vez noble, con la nobleza que da una lealtad primaria y no intelectualizada. Y es cierto que las guerras carlistas -guerra civil, al fin y al cabo contribuyen poco a mejorar la idea primitiva y romántica -romántica, pero en el sentido más primario, más pastoril, de la palabra- que nos consolidara Navarro Villoslada. Tendrían que llegar los hombres del 98 para ofrecer una idea diferente de lo que se estaba haciendo, desde un prisma intelectual, en Euskadi. Tendría que llegar Miguel de Unamuno para establecer unos criterios geográficamente diferenciados: «sois como niños, levantinos; os ahoga la estética». Un complejo secular estaba acabando o, cuando menos, matizándose. Las raíces propias de lo vasco quedaban sublimadas y adquirían condición universal gracias a una generación de hombres que, lamentablemente y con gloriosas excepciones, luego han pasado, mayoritariamente, al olvido.

Cierto que existe tradicionalmente en Castilla un escaso afán por comprender al vasco. Para los castellanos, Euskadi era -como otras tierras de España- lo periférico, lo recién llegado, lo menos evolucionado cul-turalmente. Con Euskadi se produce una dominación a distancia, una colonización que no implica, necesariamente, una posesión física del suelo por parte de los «colonizadores». De Euskadi se sabía que estaba ahí, y bastaba. De nuevo, algunos autores -y son muy pocos los que se han adentrado en el tema de las relaciones entre Euskadi y el resto del Estado- creen encontrar una actitud despectiva desde la Metròpoli, es decir, desde el corazón del país, Castilla primero, Madrid después. No era tanto desprecio cuanto ignorancia. Ignorancia mutua, más culpable acaso en quienes pretendían detentar en exclusiva la cultura y la tradición de una civilización.

Por eso, sorprende en la Metròpoli -vamos a llamarla así, pese a que algunos sectores puedan encontrar inadecuado o hasta provocativo el término, o tal vez precisamente por eso- el surgimiento de una burguesía industrial vasca, más volcada hacia el exterior que la del resto del país, una burguesía que -felices años veinte- envía a sus hijos a estudiar a Gran Bretaña, a conocer unos modos de vida más avanzados y en boga. Unos modos de vida a los que los hijos de la burguesía madrileña, castellana, andaluza -no así la catalana- permanecerán por completo ajenos durante bastantes años más. Este volcarse al exterior ahonda, en muchos aspectos, la sima con respecto a los «no vascos»; el despre-

ció castellano de antaño se ha invertido. Ahora es la burguesía vasca la que, poseedora de idiomas, dinero, contactos exteriores y técnicas superiores, se permite mirar por encima del hombro al resto del Estado. Esta inversión explica, acaso, el surgimiento de una sensación de superioridad, al tiempo que se consolidan prestigiosos centros de enseñanza vascos.


Sin embargo, Castilla y la Metrópoli se niegan a asumir la nueva realidad. Existe, sí, una admiración soterrada por lo vasco, o, para ser más exactos, por esa burguesía que despega. Pero esa admiración sólo en contadas ocasiones adquiere un carácter explícito; se mezcla, en todo caso, con una cierta burla hacia otras manifestaciones de la cultura autóctona vasca. El vasco es presentado muchas veces con tintes caricaturescos. Y, hasta cierto punto, y en no pocos aspectos, la situación se mantiene intacta hoy.

**Conquistar Madrid** Curiosamente, en esa misma burguesía vasca persiste un deseo de «conquistar Madrid». La victoria no es completa si no se triunfa en Madrid; y ese ansia de victoria no se limita al campo económico, sino que se extiende a lo cultural en todas sus manifestaciones, y también a lo político. Un sentimiento que, por cierto, va distanciando a una parte de esa burguesía de otros sectores de la sociedad vasca, que no quieren tener que ver con la Metrópoli, y para los que la realidad se concentra, comienza y acaba, en lo autóctono.

Esta quiebra interna en la sociedad vasca no ha sido suficientemente analizada desde Madrid. Tal vez porque Madrid no esté interesado en la diferenciación, en acercarse a unos sectores que ideológica, cultural y políticamente, le son incómodos, sobre todo en sus planteamientos rei-vindicativos, y pretende equipararlos con otros sectores vascos, rudimentarios -y crecientemente minoritarios- que predicán la albanización pura y dura de una sociedad a la que, por increíble que parezca, todavía pintan con tintes bucólicos e irrealistas. Es decir, algunos planteamientos madrileños, extremeños o andaluces, pretenden, con mayor o menor sutileza, seguir caricaturizando «lo» vasco, ahora utilizando un prisma político-sociológico.

Vemos, así, que, a la hora de diseccionar la imagen socio-cultural vasca en Madrid -que es lo que se me pide en este trabajo- resulta imprescindible adentrarse en el resbaladizo terreno de la política. Imposible separar, en el caso que nos ocupa, imagen socio-cultural y política. La una va aparejada a la otra, y viceversa. Lo cual, reconozcámoslo, no es sino un síntoma de mala salud social. Por ambas partes. No se han creado suficientes lazos culturales, o incluso complicidades económicas, entre ambas partes, como para que se independicen de los avatares políticos. Por ello, debo admitir una cierta dosis de pesimismo, una razonable dosis de pesimismo, al encarar lo que pueda ser el futuro.

***«La victoria no es completa si no se triunfa en Madrid; y ese ansia de victoria no se limita al campo económico, sino que se extiende a lo cultural en todas sus manifestaciones, y también a lo político.»***



*Estallido de los nacionalismos* Ciertamente es que la explosión de los nacionalismos, generalizados y en ocasiones sin raíces históricas ni sociales suficientes, ha generado un desconcierto nacional, un interrogarse los españoles sobre el «hacia dónde vamos», hacia dónde va el Estado. Y, al mismo tiempo, curiosamente, ha ahondado las divergencias con respecto a los nacionalismos «históricos». No se les comprende, y se les acusa de egoístas, insolidarios y poco comprensivos. Se generan dos concepciones diferentes del Estado -en una nación en la que, como ocurre en España, el concepto del Estado se encuentra, ya de antemano, tan difuminado-: la de las autonomías «históricas» y la de las «sobrevenidas». No resulta extraña, así, la definición que del Estado autonómico español ofrecía una vez Touraine: el Estado de los «quince más dos» estados. La «tabla de quesos» o el «café para todos» diseñados por los hombres de

***«La explosión de los nacionalismos, generalizados y en ocasiones sin raíces históricas ni sociales suficientes, ha generado un desconcierto nacional, un interrogarse los españoles sobre el «hacia dónde vamos», hacia dónde va el Estado.»***

Adolfo Suárez -señaladamente Manuel Clavero y Rodolfo Martín Villa-, durante los primeros años de construcción del «nuevo» Estado, iban a resultar unos esquemas nefastos para la unidad profunda de este Estado, y también para las propias relaciones interautonómicas. Es precisamente al hablar de las relaciones interautonómicas o, mejor, de las relaciones entre el Estado y las comunidades «históricas», cuando se percibe de una manera más completa la pervivencia -mucho más extendida y generalizada de lo que los estudios sociológicos y la aparente modernidad del país muestran a primera vista- de lo que Eduardo Subirata llama, en su ensayo «Después de la lluvia», el «español 'ancien régime'». Este español, muy presente en manifestaciones externas del tipo de las llamadas telefónicas a los radios -y al que, por tanto, ya no puede, en rigor, calificársele como «mayoría silenciosa»-, siente una indudable irritación, en ocasiones inconsciente, hacia el Estado de las autonomías. Una irritación, natural-

mente, creciente hacia las comunidades «históricas» que, en su opinión, reclaman «privilegios» que otras autonomías más pobres no tienen. Una irritación, en suma, muchas veces algo irracional y que poco tiene que ver con la inevitable, casi obligada, crítica rigurosa hacia la desordenada marcha de nuestro proceso autonómico, y hacia los abusos de ciertas clases dirigentes de las autonomías. Y, por fin, hay que añadir que ésta es una irritación que, desde luego, está bien alejada del «do ut des» inevitable en toda transacción política. Alejada de ese pragmatismo que, con toda la carga de cinismo que se quiera, es consustancial a la propia definición de la política.

Esta irritación, que, para simplificar, llamaremos «castellana», y que bien podría ser extremeña o andaluza, se complementa con una atávica -y frecuentemente, no siempre, tónica- sensación de que los autonómicos «históricos» no quieren integrarse en plano de igualdad con el resto de los españoles. Falta solidaridad, dicen. Son gentes extrañas, concluyen

los del «anden régimen», hablando desde posiciones que usualmente denotan buenas dosis de desconocimiento. Así, la incompreensión es grande. Puede decirse que es total, si se computan actitudes ciertamente irracionales que provienen del «otro lado». Poco después de casarse, mi padre, perteneciente a una familia tradicional de la oligarquía vizcaína, se encontró en Madrid con dos amigos de toda la vida de Bilbao, a quienes hacía tiempo que no veía. Mi padre les comunicó que acababa de contraer matrimonio. «¿Y con quién te casaste?», le preguntaron. «Con una chica de Santander», respondió mi padre. Le miraron con pena: «bueno... si es buena...», fue la reacción de ellos.

La historia, que en familia siempre nos pareció algo cómica, refleja un estado de opinión que ha ido diluyéndose, pero que nunca desapareció del todo. De la misma manera que mi padre, tras treinta años viviendo en Madrid, continuaba llamando «la carretera de Bilbao» a la que el resto del mundo -algunos vascos, a lo que parece, excluidos- llama «carretera de Burgos». Para él, que consumía sus primeras noches en Madrid yendo a cenar al restaurante de la antigua estación del Norte, porque así estaba más cerca del tren que iba a su ciudad natal, Burgos y tantos otros puntos no eran sino un trámite para llegar a Euska-di. Y conste que mi padre no tenía, en absoluto, sentimientos nacionalistas. Permítaseme esta excursión a los recuerdos personales para completar el diagnóstico de una situación que puede verse con mayores o menores dosis de optimismo, pero que, para quien la quiera analizar desapasionadamente, presenta algunas características ciertamente preocupantes, se contemple desde el prisma que se quiera.

***«La rivalidad ha sustituido a la complementariedad. La actitud «a priori» reivindicativa de un lado se complementa con la cicatería y el talante medroso en el otro.»***

***Estrategias del pasado*** Es evidente que de las situaciones de incompreensión, como de los divorcios, no tiene la culpa una sola de las partes. ¿Qué hacer? Lo más angustioso es que, con excepción de algunas minorías ilustradas -y, desde luego, poco o nada radicalizadas-, prácticamente nadie parece interesado, en Euskadi o en Madrid, en acortar esos cuatrocientos kilómetros que tantas veces semejan una distancia infinitamente mayor. Y esta afirmación no es, lamentablemente, una simplificación: por mucho que se profundice en el análisis a la hora de diseccionar las relaciones de todo tipo entre Euskadi y el resto del Estado, siempre queda un distanciamiento primario, basado en la incompreensión y el desconocimiento.

¿Qué hacer? Obviamente, no pueden darse recetas que sirvan a corto plazo. Han sido muchos los «estrategas» que, en el pasado inmediato, han intentado complicadas operaciones de «marketing», tratando de vender Euskadi en Madrid y Madrid en Euskadi. No hay sino que pensar en las ofensivas ensayadas por la Unión de Centro Democrático, primero, y por el PSOE -llegando hasta a consolidar un potencialmente importantísimo gobierno de coalición con los nacionalistas vascos-, des-

**«Mientras la quiebra de la mutua confianza perviva, parece prácticamente imposible hablar del estrechamiento de lazos culturales o de otro tipo.»**



pues. Operaciones que pueden haber incidido en la superficie, en lo epidérmico, es decir, en lo político, pero que no han logrado penetrar en el tejido socio-cultural. Ni siquiera han penetrado a fondo en el campo de lo económico; sin duda existieron muchos más lazos entre Madrid y un cierto sector de la economía vasca -con tintes claramente oligárquicos- durante el franquismo, que en la actualidad (tal vez, incluso porque el concepto de oligarquía ha cambiado sensiblemente en Euskadi). La rivalidad ha sustituido a la comolementariedad. La actitud «a oriori» reivindicativa de un

lado se complementa con la cicatería y el talante medroso en el otro.

Y, sin embargo, hay que concluir que el acercamiento político es un primer paso hacia una mayor comprensión socio-cultural. O, al menos, así sería si los frágiles lazos políticos establecidos desde uno y otro lado buscasen algo más que garantizar la mera convivencia, algo más que mantener un delicado equilibrio que sólo quiere perpetuar el «statu quo». El nexos político establecido entre el principal partido nacionalista de Euskadi y el principal de los partidos nacionales no es sino un punto del que hay que partir, en busca de una integración más profunda entre los pueblos.

Forzoso es reconocer que, al menos, se han superado los titubeos y la parálisis que caracterizaron los primeros tiempos de la transición, según la versión que nos transmite Miguel Herrero Rodríguez de Miñón en sus «Memorias de Estío». Pero, naturalmente, no basta; las desconfianzas entre nacionalistas y socialistas en Euskadi van más allá de las tensiones que serían propias entre dos coligados, y se transmiten a los niveles territorial y políticamente superiores; es como si ambas partes nos recordasen continuamente que sus orígenes, pertenencia social y hasta sus aficiones son diferentes. Como si estuviesen gritando que se trata no sólo de dos mundos políticamente diferentes, sino distantes en cualquier otra muestra de la sensibilidad humana. Así, solamente dentro de un marco de pleno entendimiento político será, probablemente, posible el entendimiento económico y cultural. Ello supone algo más que la buena marcha de la coalición; supone también la incorporación sin traumas de Euskadi en el resto del Estado, una normalización que, se pretenda lo que se pretenda, actualmente no existe. Y, mientras no exista, mientras la quiebra de la mutua confianza perviva, parece prácticamente imposible hablar del estrechamiento de lazos culturales o de otro tipo. No cabe, por tanto, sino concluir con una muestra de pesimismo, al menos coyuntural y a corto plazo. Aunque, mirando un poco más allá, ¿no cabrá un mejor entendimiento, en todos los órdenes, entre Euskadi y el resto del Estado español, dentro de una Europa plurirregional, donde los complejos de superioridad e inferioridad que se cruzan de parte a parte hayan quedado necesariamente superados? La idea puede ser mucho más que la utopía inalcanzable forjada por algunos políticos.